Cuatro Relatos

Robert Graves



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Anceo En La Huerta De Las Naranjas
El Retrato De Cuerpo Entero
La Epopeya Ya No Esta De Moda
El Grito

ANCEO EN LA HUERTA DE LAS NARANJAS

Robert Graves

Una tarde de verano, al anochecer, Anceo el lélege, el de la florida Samos, fue abandonado en la costa arenosa del sur de Mallorca, la mayor de las islas Hespérides o, como las llaman algunos, las islas de los Honderos o las islas de los Hombres Desnudos. Estas islas quedan muy cerca unas de otras y están situadas en el extremo occidental del mar, a sólo un día de navegación de España cuando sopla un viento favorable. Los isleños, asombrados por su aspecto, se abstuvieron de darle muerte y le condujeron, con manifiesto desprecio por sus sandalias griegas, su corta túnica manchada por el viaje y su pesada capa de marinero, ante la gran sacerdotisa y gobernadora de Mallorca que vivía en la cueva del Drach, la entrada a los Infiernos más distante de Grecia, de las muchas que existen.

Como en aquellos momentos estaba absorta en cierto trabajo de adivinación, la gran sacerdotisa envió a Anceo al otro lado de la isla para que lo juzgara y dispusiera de él su hija, la ninfa de la sagrada huerta de naranjos en Deia. Fue escoltado a través de la llanura y de las montañas escarpadas por un grupo de hombres desnudos, pertenecientes a la hermandad de la Cabra; pero por orden de la gran sacerdotisa, éstos se abstuvieron de conversar con él durante el camino. No se detuvieron ni un instante en su viaje, a paso ligero, excepto para postrarse ante un enorme monumento de piedra que se hallaba al borde del camino y donde, de niños, habían sido iniciados en los ritos de su hermandad. En tres ocasiones llegaron a la confluencia de tres caminos y las tres veces dieron una gran vuelta para no acercarse al matorral triangular rodeado de piedras. Anceo se alegró al ver cómo se respetaba a la Triple Diosa, a quien están consagrados estos recintos.

Cuando por fin llegó a Deia, muy fatigado y con los pies doloridos, Anceo encontró a la ninfa de las Naranjas sentada muy erguida sobre una piedra, cerca de un manantial caudaloso que brotaba con fuerza de la roca de granito y regaba la huerta. Aquí la montaña, cubierta por una espesura de olivos silvestres y encinas, descendía bruscamente hacia el mar, quinientos pies más abajo, salpicado aquel día hasta la línea del horizonte por pequeñas manchas de bruma que parecían ovejas paciendo.

Cuando la ninfa se dirigió a él, Anceo respondió con reverencia, utilizando la lengua pelasga y manteniendo la mirada fija en el suelo. Todas las sacerdotisas de la Triple Diosa poseen la facultad de echar el mal de ojo que, como bien sabía Anceo, puede convertir el espíritu de un hombre en agua y su cuerpo en piedra, y puede debilitar a cualquier animal que se cruza en su camino, hasta causarle la muerte. Las serpientcs oraculares que cuidan estas sacerdotisas tienen el mismo poder terrible sobre pájaros, ratones y conejos. Anceo también sabía que no debía decirle nada a la ninfa excepto en respuesta a sus preguntas, y aun entonces hablar con la mayor brevedad y en el tono más humilde posible.

La ninfa mandó retirarse a los hombres-cabra y éstos se apartaron un poco, sentándose todos en fila al borde de una roca hasta que volviera a llamarlos. Eran gentes tranquilas y sencillas, con ojos azules y piernas cortas y musculosas. En lugar de abrigar sus cuerpos con ropas los untaban con el jugo de lentisco mezclado con grasa de cerdo. Cada uno llevaba colgado a un lado del cuerpo un zurrón de piel de cabra lleno de piedras pulidas por el mar; en la mano llevaban una honda, otra enrollada en la cabeza y una más que les servía de taparrabo. Suponían que pronto la ninfa les ordenaría que acabasen con el forastero, y ya debatían amistosamente entre sí quién iba a tirar la primera piedra, quién la segunda, y si iban a permitirle salir con ventaja para darle caza montaña abajo o iban a hacerle pedazos cuando se acercara a ellos, apuntando cada uno a una parte distinta de su cuerpo.

La huerta de naranjos contenía cincuenta árboles y rodeaba un santuario de roca habitado por una serpiente de tamaño descomunal que las otras ninfas, las cincuenta Hespérides, alimentaban diariamente con una fina pasta hecha de harina de cebada y leche de cabra. El santuario estaba consagrado a un antiguo héroe que había traído la naranja a Mallorca desde algún país en las lejanas riberas del océano. Su nombre había quedado olvidado y se referían a él simplemente como «el Benefactor»; la serpiente se llamaba igual que él porque había sido engendrada de su médula y su espíritu le daba vida. La naranja es una fruta redonda y perfumada, desconocida en el resto del mundo civilizado, que al crecer es primero verde, después dorada y tiene una corteza caliente y la pulpa fresca, dulce y firme. Crece en un árbol de tronco liso, con hojas brillantes y ramas espinosas, y madura en pleno invierno, al revés de los demás frutos. No se come cualquier día en Mallorca, sino sólo una vez al año, en el solsticio de invierno, después de la ritual masticación de ladierno y de otras hierbas purgantes; si se come de esta forma la naranja concede una larga vida, pero es un fruto tan sagrado que en cualquier otro momento basta con catarla para que sobrevenga la muerte inmediata, a no ser que la propia ninfa de las Naranjas la administre.

En estas islas, gracias a la naranja, tanto los hombres como las mujeres viven tanto tiempo como desean; por regla general sólo deciden morir cuando se dan cuenta de que están convirtiéndose en una carga para sus amigos por la lentitud de sus movimientos o la insipidez de su conversación. Entonces, por cortesía, se marchan sin despedirse de sus seres queridos ni crear ningún alboroto en la cueva —pues todos viven en cuevas— escabulléndose sin decir nada, y se arrojan de cabeza desde una roca, complaciendo de este modo a la diosa quien aborrece toda queja y dolor innecesarios y premia a estos suicidas con funerales distinguidos y alegres.

La ninfa de las Naranjas era alta y hermosa. Llevaba una falda acampanada y con volantes al estilo cretense, de un tejido teñido del color de la naranja con tintura de brezo, y por arriba, como prenda única, llevaba puesto un chaleco verde de manga corta sin abrochar delante, mostrando así la esplendidez y la plenitud de sus senos. Los símbolos de su cargo eran un cinturón formado por innumerables piezas de oro eslabonadas en forma de serpiente con ojos de piedras preciosas, un collar de naranjas verdes secas, y una cofia alta bordada con perlas y coronada con el disco de oro de la luna llena. Había dado a luz a cuatro hermosas niñas, de las cuales la más pequeña la sucedería un día en su cargo, al igual que ella, que era la menor de sus hermanas, sucedería un día a su madre, la gran sacerdotisa en Drach. Estas cuatro niñas, como aún no tenían edad suficiente para ser ninfas, eran doncellas cazadoras, muy diestras en el manejo de la honda y salían con los hombres para darles buena suerte en la caza. La doncella, la ninfa y la madre forman la eterna trinidad en la isla, y la diosa, a quien se venera allí en cada uno de estos aspectos, representados por la luna nueva, la luna llena y la luna menguante, es la deidad soberana. Es ella la que infunde la fertilidad en aquellos árboles y plantas de los que depende la vida humana. ¿No es acaso bien sabido que todo lo verde brota mientras la luna crece y deja de crecer mientras la luna mengua, y que sólo la caliente y rebelde cebolla no obedece sus fases mensuales? Sin embargo, el sol, su hijo varón, que nace y muere cada año, la asiste con sus cálidas emanaciones. Esta era la razón por la que el único hijo varón parido por la ninfa de las Naranjas, puesto que era la encarnación del sol, había sido sacrificado a la diosa, según la costumbre, mezclándose seguidamente los trozos despedidos de su carne con la semilla de la cebada para asegurar una abundante cosecha.

A la ninfa le sorprendió descubrir que la lengua pelasga que hablaba Anceo se parecía mucho a la de las islas. Pero aunque se alegró de poderle interrogar sin verse obligada a recurrir a la pesada tarea de hacer gestos y de trazar dibujos sobre la arcilla con una varita, por otra parte se sintió un poco preocupada al pensar que quizás Anceo había estado conversando con los hombres-cabra sobre asuntos que tanto ella como su madre tenían por norma que ellos desconociesen. Lo primero que le preguntó fue:

—¿Eres cretense?

—No, sagrada ninfa —contestó Anceo—; soy pelasgo, de la isla de Samos en el mar Egeo, y por lo tanto no soy más que primo de los cretenses. Pero mis señores son griegos.

—Eres un viejo y feo despojo humano —dijo ella.

—Perdóname, sagrada ninfa —le contestó—. He llevado una vida muy dura.

Cuando le preguntó por qué lo habían abandonado en la costa de Mallorca, respondió que había sido desterrado de Samos por su obstinada observancia del antiguo ritual de la diosa —pues últimamente los samios habían introducido el nuevo ritual olímpico que ofendía su alma religiosa— y él, sabiendo que en Mallorca se veneraba a la diosa con inocencia primitiva, le había pedido al capitán del barco que lo desembarcara allí.

—Es curioso —observó la ninfa—. Tu historia me recuerda la de un campeón llamado Hércules que visitó nuestra isla hace muchos años cuando mi madre era la ninfa de este huerto. No puedo contarte los pormenores de su historia, porque mi madre no gustaba de hablar de ella durante mi infancia, pero eso sí que me consta: Hércules fue enviado por su señor, el rey Euristeo de Micenas (dondequiera que esté Micenas) a recorrer el mundo para realizar una serie de trabajos que a primera vista parecían imposibles, y todo, según dijo, por su obstinada devoción hacia los antiguos rituales de la diosa. Llegó en canoa y desembarcó en la isla, anunciando con sorprendente osadía que había venido en nombre de la diosa a recoger un cesto de naranjas sagradas de esta huerta. Era un hombre—león y por este motivo llamaba mucho la atención en Mallorca, donde no tenemos ninguna hermandad del León ni entre los hombres ni entre las mujeres, y además estaba dotado de una fuerza colosal y de un prodigioso apetito por la comida, la bebida y los placeres del amor. Mi madre se encaprichó con él y le dio las naranjas generosamente, y además lo honró haciéndole su compañero durante la siembra de primavera. ¿Has oído hablar del tal Hércules?

—En una ocasión fui compañero suyo de navío, si os referís a Hércules de Tirinto —respondió Anceo—. Eso fue cuando navegué a los Establos del Sol, a bordo del famoso *Argo*, y siento deciros que el muy canalla seguramente engañó a vuestra madre. No tenía ningún derecho a pedirle la fruta en nombre de la diosa, pues la diosa le odiaba.

A la ninfa le divirtió su vehemencia y le aseguró que había quedado satisfecha de sus credenciales y que podía levantar los ojos y mirarle a la cara y hablar con ella con un poquito más de familiaridad, si lo deseaba. Pero tuvo cuidado de no ofrecerle la protección formal de la diosa. Le preguntó a qué hermandad pertenecía y él respondió que era un hombre—delfín.

—Ah —exclamó la ninfa—. Cuando me iniciaron en los ritos de las ninfas por primera vez y me dejé acompañar por hombres en el surco abierto después de la siembra, fue con nueve hombres—delfín. El que elegí como preferido se convirtió en campeón solar, o rey de la guerra, para el año siguiente, según nuestras costumbres. Nuestros delfines forman una hermandad pequeña y muy antigua y se distinguen por su talento musical que supera incluso al de los hombres—foca.

—El delfín responde a la música de forma encantadora —asintió Anceo.

—Sin embargo —continuó la ninfa—, cuando di a luz, no tuve una niña a la que hubiera conservado, sino un niño; y a su debido tiempo mi hijo regresó, despedazado, al surco del cual había salido. La diosa se llevó lo que había dado. Desde entonces no me he atrevido a dejarme acompañar por ningún hombre—delfín, pues considero que esta sociedad me trae mala suerte. A ningún hijo varón de nuestra familia se le permite vivir más allá de la segunda siembra.

Anceo tuvo el valor de preguntar:

—¿Es que ninguna ninfa o sacerdotisa (ya que las sacerdotisas tienen tanto poder en esta isla) ha intentado jamás entregarle su propio hijo varón, en secreto, a una madre adoptiva, criando a la hija de esta madre en su lugar, para que ambas criaturas puedan sobrevivir?

—Puede que en tu isla se practiquen trucos de esta clase, Anceo —le respondió severamente la ninfa—, pero en la nuestra no. Aquí ninguna mujer engaña jamás a la Triple Diosa.

—Naturalmente, sagrada ninfa —respondió Anceo—. Nadie puede engañar a la diosa.

Pero volvió a preguntar:

—¿No es quizás vuestra costumbre, si una ninfa real siente un afecto fuera de lo común por su hijo varón, sacrificar en su lugar un becerro o un cabrito, envolviéndolo en las ropas del pequeño y poniéndole sandalias en los pies? En mi isla se supone que la diosa cierra los ojos ante tales sustituciones y que luego los campos rinden con la misma abundancia. Es únicamente después de una mala estación, cuando el grano se agosta o no crece, que se sacrifica a un niño en la siguiente siembra. Y aun así, siempre es un niño de padres pobres, no de estirpe real.

La ninfa volvió a responder con el mismo tono severo:

—En nuestra isla no. Aquí ninguna mujer se burla jamás de la Triple Diosa. Por eso prosperamos. Esta es la isla de la inocencia y de la calma.

Anceo asintió diciendo que desde luego era la isla más agradable de los cientos que había visitado en sus viajes, sin exceptuar la suya, Samos, llamada Isla Florida.

—Estoy dispuesta a escuchar tu relato —dijo entonces la ninfa—, si no es aburrido. ¿Cómo es que tus primos, los cretenses, han dejado de visitar estas islas como hacían antaño, en tiempos de mi bisabuela, conversando con nosotros con buenas maneras en un lenguaje que, aunque no era el nuestro, podíamos entender muy bien? ¿Quiénes son estos griegos, tus señores, que vienen en los mismos barcos que en un tiempo usaron los cretenses? Vienen a vender las mismas mercancías —jarrones, aceite de oliva, tinturas, joyas, lino, muelas de esmeril y excelentes armas de bronce—, pero utilizan el carnero en lugar del toro como mascarón de proa y hablan en una lengua ininteligible y regatean con unos modales groseros y amenazantes, y miran impúdicamente a las mujeres y roban cualquier pequeño objeto que encuentran en su camino. No nos gusta nada comerciar con ellos y muchas veces les hacemos marchar con las manos vacías, rompiéndoles los dientes con los tiros de nuestras hondas y abollando sus cascos de metal con piedras grandes.

Anceo explicó que la tierra al norte de Creta, que en un tiempo había sido conocida por Pelasgia, se llamaba ahora Grecia en honor de sus nuevos señores. La habitaba una población notablemente mixta. Los pobladores más antiguos eran los pelasgos terrestres quienes, según se cuenta, habían salido de los dientes desparramados de la serpiente Ofión cuando la Triple Diosa la había despedazado. A estos pobladores se unieron primero los colonos cretenses de Cnosos, luego los colonos henetes de Asia Menor, mezclados con los etíopes de Egipto, cuyo poderoso rey Pélope dio su nombre a la parte sur de estas tierras, el Peloponeso, y construyó ciudades con enormes murallas de piedras y tumbas de mármol blanco en forma de colmena como las chozas africanas; y finalmente los griegos, un pueblo bárbaro dedicado al pastoreo, procedentes del norte, más allá del río Danubio, que bajaron a través de Tesalia en tres invasiones sucesivas y acabaron tomando posesión de todas las fuertes ciudades peloponesas. Estos griegos gobernaron a las otras gentes de forma insolente y arbitraria. Y por desgracia, sagrada ninfa —dijo Anceo—, nuestros señores adoran al Triple Dios como deidad soberana y odian en secreto a la Triple Diosa.

La ninfa se preguntó si no habría entendido mal sus palabras.

—Y ¿quién podría ser el *dios padre*? —preguntó—. ¿Cómo es posible que una tribu adore a un *padre*? ¿Qué es un padre sino el instrumento que una mujer utiliza de vez en cuando para su placer y para poderse convertir en madre?

Empezó a reír con desdén y exclamó:

—Por el Benefactor, juro que esta historia es la más absurda que jamás he oído. ¡Padres, nada menos! Supongo que estos padres griegos amamantan a sus hijos y siembran la cebada y

cabrahígan las higueras y dictan las leyes y, en una palabra, realizan todas las demás tareas de responsabilidad propias de la mujer, ¿no?

Estaba tan irritada que dio unos golpecitos con el pie sobre una piedra y la cara se le oscureció con el calor de su sangre.

Al advertir su irritación cada uno de los hombres-cabra tomó silenciosamente una piedrecita de su zurrón y la colocó en la tira de cuero de su honda. Pero Anceo respondió en tono apacible y suave, bajando de nuevo la mirada. Comentó que en este mundo había muchas costumbres extrañas y muchas tribus que a los ojos de otros parecían estar dementes.

—Me gustaría mostraros los mosinos de la costa del mar Negro, sagrada ninfa —le dijo—, con sus castillos de madera y sus niños tatuados que son increíblemente gordos y se alimentan de tortas de castañas. Viven junto a las amazonas que son tan raras como ellos... Y en cuanto a los griegos, su razonamiento es el siguiente: ya que las mujeres dependen de los hombres para su maternidad —pues no les basta el viento para llenar de nueva vida sus matrices, como ocurre con las yeguas ibéricas—, los hombres son, en consecuencia, más importantes que ellas.

—Pero es un razonamiento de locos —exclamó la ninfa—. Es como si pretendieras que esta astilla de pino es más importante que yo misma porque la utilizo para mondarme los dientes. La mujer, y no el hombre, es siempre la principal: ella es el agente, él siempre el instrumento. Ella da las órdenes, él obedece. ¿No es acaso la mujer quien elige al hombre y le vence con la dulzura de su presencia, y le ordena que se acueste boca arriba en el surco y allí, cabalgando sobre él, como sobre un potro salvaje domado a su voluntad toma de él su placer y cuando ha terminado le deja tumbado como un hombre muerto? ¿No es la mujer quien gobierna en la cueva, y si cualquiera de sus amantes la enoja por su malhumor o su pereza le amonesta tres veces consecutivas para que coja todas sus cosas y se marche al alojamiento de su hermandad?

—Con los griegos —dijo Anceo apresuradamente y con voz apagada— la costumbre es exactamente la contraria. Cada hombre elige a la mujer que desea convertir en la madre de su hijo (pues así le llama), la vence con la fuerza de sus deseos y le ordena que se acueste boca arriba en el lugar que más le convenga y entonces, montándose, toma de ella su placer. En la casa es él el amo, y si la mujer le enoja por su forma de importunarle o por su comportamiento obsceno, la golpea con la mano; y si con esto no consigue que cambie su conducta, la manda a casa de su padre con todas las cosas que ha traído consigo y da sus hijos a una esclava para que se los críe. Pero, sagrada ninfa, no os enfadéis, ¡os lo ruego por la diosa! Yo soy pelasgo, detesto a los griegos y sus costumbres y únicamente estoy obedeciendo vuestras instrucciones, como es mi deber, al contestaros a estas preguntas.

La ninfa se contentó con decir que los griegos debían ser las personas más impías y más asquerosas del mundo, peor aún que los monos africanos —si, en efecto, Anceo no se estaba burlando de ella—. Volvió a interrogarle acerca de la siembra de la cebada y la cabrahigadura de las higueras: ¿cómo se las arreglaban los hombres para obtener pan o higos sin la intervención de la diosa?

—Sagrada ninfa —respondió Anceo—: cuando los griegos se instalaron por primera vez en Pelasgia eran un pueblo de pastores, que sólo se alimentaba de carne asada, queso, leche, miel y ensaladas silvestres. Por consiguiente, nada sabían acerca del ritual de la siembra de la cebada ni del cultivo de ninguna fruta.

—Estos griegos dementes —dijo ella, interrumpiéndole—, supongo entonces que bajaron del norte sin sus mujeres, como hacen los zánganos, que son los padres ociosos entre las abejas, cuando se marchan de la colmena y forman una colonia aparte, separados de su abeja reina, y comen inmundicias en lugar de miel, ¿no es así?

—No —dijo Anceo—. Trajeron consigo a sus propias mujeres, pero estas mujeres estaban acostumbradas a lo que a ti te parecerá una forma de vida indecente y vuelta del revés.

Cuidaban del ganado, y los hombres las vendían y las compraban como si ellas también fueran ganado.

—Me niego a creer que los hombres puedan comprar o vender mujeres —exclamó la ninfa—. Es evidente que te han informado mal sobre este punto. Pero, dime, ¿continuaron durante mucho tiempo estos sucios griegos con esta forma de vida, una vez instalados en Pelasgia?

—Las primeras dos tribus invasoras, los jonios y los eolios —contestó Anceo—, que llevaban armas de bronce, no tardaron en rendirse ante el poderío de la diosa al ver que ella consentía en adoptar a sus dioses varones como hijos suyos. Renunciaron a muchas de sus bárbaras costumbres y cuando, poco después, les persuadieron de comer el pan cocido por los pelasgos y descubrieron que tenía un sabor agradable y propiedades sagradas, uno de ellos, llamado Triptólemo, le pidió permiso a la diosa para poder sembrar él mismo la cebada, pues estaba convencido de que los hombres podrían hacerlo con casi tanto éxito como las mujeres. Dijo que deseaba, si es que era posible, evitarles a las mujeres un trabajo y una preocupación innecesarios, y la diosa, indulgente, consintió.

La ninfa se rió hasta que las laderas de la montaña devolvieron el eco de su risa, y desde su roca los hombres-cabra corearon sus carcajadas, revolcándose de alegría, aunque no tenían la menor idea de por qué se estaba riendo.

—¡Qué estupenda cosecha debió de recoger este tal Triptólemo! —le dijo a Anceo—. ¡Todo serían amapolas, beleño y cardos!

Anceo tuvo la suficiente prudencia como para no contradecirla. Empezó a hablarle de la tercera tribu de los griegos, los aqueos, cuyas armas eran de hierro, y de su insolente comportamiento ante la diosa y de cómo instituyeron la familia divina del Olimpo; pero observó que ella no le escuchaba y desistió.

—Vamos a ver, Anceo —le dijo en tono burlón—. Dime, ¿cómo se determinan los clanes entre los griegos? Supongo que no me irás a decir que son clanes masculinos en lugar de femeninos y que determinan las generaciones a través de los padres en lugar de las madres, ¿verdad?

Anceo asintió lentamente con la cabeza, como si se viera forzado a admitir un absurdo gracias a la astucia del interrogatorio de la ninfa.

—Sí —dijo, desde la llegada de los aqueos de las armas de hierro, que ocurrió hace muchos años, los clanes masculinos han sustituido a los femeninos en la mayor parte de Grecia. Los jonios y los eolios ya habían introducido grandes innovaciones, pero la llegada de los aqueos lo volvió todo del revés. Los jonios y los eolios, ya por aquel entonces, habían aprendido a calcular la descendencia a través de la madre, pero para los aqueos la paternidad era, y sigue siendo, lo único que tienen en cuenta al determinar su genealogía, y últimamente han conseguido que la mayoría de los eolios y algunos jonios adopten su punto de vista.

—No, no, ¡eso es manifiestamente absurdo! —exclamó la ninfa—. Aunque es claro e indiscutible, por ejemplo, que la pequeña Kore es mi hija, ya que la partera la extrajo de mi cuerpo, ¿cómo puede saberse con certeza quién fue el padre? Pues la fecundación no proviene necesariamente del primer hombre a quien yo gozo en nuestras sagradas orgías. Puede provenir del primero o del noveno.

—Los griegos intentan resolver esta incertidumbre —dijo Anceo— haciendo que cada hombre elija lo que llaman una esposa. Una mujer a quien le está prohibido tener por compañero a nadie que no sea él. Entonces, si ella concibe, no puede discutirse la paternidad.

La ninfa le miró de hito en hito y le dijo:

—Tienes una respuesta para todo. Pero ¿acaso esperas que me crea que se puede gobernar y guardar hasta tal punto a las mujeres que se les impida disfrutar de cualquier hombre que les apetezca? Imagínate que una mujer joven se convirtiera en la esposa de un hombre viejo, feo y desfigurado como tú. ¿Cómo podría ella consentir jamás en ser su compañera?

Anceo sostuvo su mirada y le respondió:

—Los griegos profesan que pueden controlar así a sus esposas. Pero admito que muchas veces no lo consiguen, y que a veces una mujer tiene relaciones secretas con un hombre de quien no es la esposa. Entonces su esposo se pone celoso e intenta matarlos a los dos, a su esposa y a su amante, y si los dos hombres son reyes, llevan a sus pueblos a la guerra y sobreviene gran derramamiento de sangre.

—Eso no lo pongo en duda —dijo la ninfa—. En primer lugar no deberían decir mentiras, ni luego emprender lo que no son capaces de realizar, dando así lugar a los celos. A menudo me he dado cuenta de que los hombres son absurdamente celosos: es más, después de su falta de honestidad y su charlatanería, diría que es su principal característica. Pero cuéntame, ¿qué les ocurrió a los cretenses?

—Fueron vencidos por Teseo el griego, a quien ayudó a conseguir la victoria un tal Dédalo, famoso artesano e inventor —dijo Anceo.

—¿Qué fue lo que inventó? —preguntó la ninfa.

—Entre otras cosas —contestó Anceo—, construyó toros de metal que bramían artificialmente cuando se encendía un fuego bajo sus vientres; también estatuas de madera de la diosa que parecían de carne y hueso pues las extremidades articuladas podían moverse en cualquier dirección, como si fuese un milagro, y, además, los ojos podían abrirse o cerrarse tirando de un cordón oculto.

—¿Aún vive este Dédalo? —preguntó la ninfa—. Me gustaría conocerlo.

—Por desgracia ya no —contestó Anceo—. Todos estos acontecimientos ocurrieron mucho antes de mis tiempos.

Ella insistió:

—Pero ¿verdad que me podrás decir cómo estaban hechas las articulaciones de las estatuas para que las extremidades pudieran moverse en cualquier dirección?

—Sin duda debían girar en un hueco esférico —dijo él, doblando su puño derecho y girándolo en el hueco formado por los dedos de la mano izquierda para que comprendiera en seguida lo que quería decir—. Pues Dédalo inventó la articulación esférica. En todo caso, gracias a un invento de Dédalo quedó destruida la flota de los cretenses, y por esto ya no son ellos quienes visitan vuestra isla, sino únicamente los griegos y algún que otro pelasgo, tracio o frigio.

—La madre de mi madre me contó —dijo la ninfa— que, aunque los cretenses adoraban a la diosa con casi tanta reverencia como nosotros, su religión difería de la nuestra en muchos aspectos. Por ejemplo, la gran sacerdotisa no elegía a un campeón solar sólo para un año. El hombre que ella elegía reinaba algunas veces durante nueve años o más, negándose a dimitir de su cargo porque alegaba que la experiencia trae consigo la sagacidad. Le llamaban el sacerdote de Minos, o el rey Toro, pues la hermandad del Toro se había convertido en la hermandad suprema de aquella isla. Los hombres-ciervo, los hombres-caballo y los hombres-carnero jamás se atrevieron a luchar por obtener el trono de la guerra, y la gran sacerdotisa solamente se dejaba acompañar por hombres-toro. Aquí mi madre y yo distribuimos nuestros favores por un igual entre todas las hermandades. No es prudente dejar que una sola hermandad obtenga la supremacía, ni dejar gue un rey reine más de dos o tres años a lo sumo; los hombres se dejan llevar fácilmente por la insolencia si no se les mantiene en el lugar que les corresponde, y entonces se creen ser casi iguales a las mujeres. Con la insolencia se destruyen a sí mismos y para colmo hacen enojar a las mujeres. Sin duda alguna esto fue lo que debió de ocurrir en Creta.

Mientras aún conversaban, hizo una señal secreta a los hombres-cabra para que se llevaran a Anceo fuera de su vista y después le dieran caza hasta matarlo con sus hondas. Pues decidió que a un hombre que podía contar historias tan perturbadoras e indecentes no se le podía permitir seguir con vida en la isla, ni siquiera un momento más, ahora que ya le había contado lo que quería saber sobre la forma de articular las estatuas de madera. Temía el daño que

podría ocasionar si inquietaba las mentes de los hombres. Además era un viejo encorvado, calvo y feo, un exiliado, y un hombre—delfín que no le traería buena suerte a la huerta.

Los hombres-cabra se postraron en reverencia ante la ninfa de las Naranjas y luego, incorporándose, obedecieron sus órdenes con alegría. La persecución no fue larga.

(Traducido por Lucía Graves)

***

EL RETRATO DE CUERPO ENTERO

William el Niño Nicholson, mi suegro, no pudo librarse jamás de la superstición victoriana de que mil guineas eran mil guineas; el impuesto sobre la renta le parecía una broma de mal gusto que no se aplicaba, y que no debería aplicarse, a personas como yo. El Niño tenía una gran familia a la que mantener, y como retratista de moda tenía que salvar las apariencias para justificar el que pidiese por un retrato de cuerpo entero los mismos precios que sus amigos William. Orpen y Philip de Laszlo. Se lucía en sus bodegones y, aunque se quejaba de que las flores eran modelos inquietas, le hubiese gustado no tener que pintar otra cosa en todo el día, exceptuando algún paisaje de vez en cuando. Pero lo que necesitaba era encargos de retratos de cuerpo entero.

—Los retratos casi siempre son dinero seguro —Me dijo.

Cuando le pedí que se explicara, lo hizo:

—Hace tantos años que pinto y vendo, y que pinto y vuelvo a vender, que mis primeros compradores ya empiezan a morirse o a ir a la bancarrota. Obras maestras de W. N. ya olvidadas salen continuamente a subasta y tienen que adquirirse a precios injustos, cinco veces superiores a los de su primera venta, sólo para que el mercado de W. N. se mantenga estable. Algunas de esas obras las considero encantadoras y yo mismo me admiro de lo bien que pintaba, pero otras parece que me estén suplicando que las ponga de cara a la pared en seguida. ¡Como aquéllas!

Las cosas habían llegado a un estado de crisis en Appletree Yard. Los del fisco, continuó explican

do, le habían convocado urgentemente para que asistiera a un debate financiero; además, un coleccionista inexperto de sus obras de primera época había muerto repentinamente sin dejar herederos, y en consecuencia su agente tuvo que comprar en subasta tres o cuatro pinturas que jamás deberían haberse vendido.

—Lo cierto es que siempre hemos de pagar por nuestros pecados —murmuró el Niño, muy desanimado—. Lo que necesito ahora son nada menos que dos mil guineas en metálico. ¡Reza para que suceda un milagro, hijo mío!

Recé, y no habían pasado dos horas cuando sonó el timbre de la puerta del estudio y entró mistress Mucklehose—Kerr escoltada por un tal Fulton, su mayordomo, los dos de riguroso luto. Hasta aquel momento, el Niño ni siquiera había tenido conocimiento de su existencia, pero parecía de carne y hueso y el nombre de Mucklehose—Kerr era sinónimo de «Whisky Glenlivet», así que se portó con suma cortesía.

Una vez hechas las presentaciones, la señora Mucklehose—Kerr apretó fervorosamente la mano de el Niño y le dijo:

—Señor Nicholson, sé que no me va a fallar: usted y sólo usted es la persona destinada a pintar el retrato de mi hija Alison.

—Bueno —dijo el Niño, parpadeando cautelosamente—. Estoy muy ocupado por esta época, ya sabe, señora Mucklehose—Kerr. Y he prometido llevar a mi familia a Cannes dentro de unas tres semanas. Claro que, si insiste, quizá podríamos arreglar que venga a posar antes de que me marche de la ciudad.

—No posará, míster Nicholson. No puede posar —Se llevó un pañuelo de encaje negro a los ojos—. Mi hija pasó a mejor vida la semana pasada.

El Niño tardó un rato en digerir esto, pero murmuró una especie de pésame y dijo amablemente:

—Entonces me temo que tendré que utilizar fotografías.

—Por desgracia, no hay fotografías —respondió mistress Mucklehose—Kerr con voz quebrada—. A Alison no le gustaba que le hicieran fotos. Siempre me decía: «Mamá, ¿para

qué quieres fotos? Siempre me podrás mirar a mí, a mí en persona, ¡no unas fotos tontas! » Y ahora ha abandonado este mundo, sin dejarme siquiera una instantánea. Siguiendo el consejo de mi hermano, fui primero a ver a míster Orpen y le pedí lo que ahora le estoy pidiendo a usted, pero me respondió que ese trabajo era superior a sus posibilidades. Dijo que usted era el único pintor en Londres que me podría ayudar, porque posee un sexto sentido.

Orpen tenía razón, en parte. El Niño poseía una extraña habilidad, útil en los juegos de salón. De pronto, le preguntaba a algún conocido: «¿Cómo firma usted su nombre?», y cuando éste le contestaba «Herbert B. Banbury» (o lo que fuese—) se lo escribía, imitando la letra a la perfección y dejándole boquiabierto.

—Mire, aquí tiene la firma; es la tapa de su cuaderno de historia.

Mientras se lo estaba pensando, vio de reojo las pinturas subastadas, apoyadas contra la mesa sobre la cual estaba la nota de Hacienda.

—Es un encargo difícil, mistress Mucklehose—Kerr —le dijo.

—Estoy dispuesta a pagar dos mil guineas —respondió— por un retrato de cuerpo entero.

—No es por el dinero... —protestó él.

—Pero Fulton le contará cómo era Alison —Suplicó mistress Mucklehose—Kerr, llorando a lágrima viva—. La señorita Alison era una niña hermosa, ¿verdad, Fulton?

—Era monísima —admitió Fulton fervientemente—. Parecía una muñeca, señora.

—Estoy segura de que aceptará, señor Nicholson, y, naturalmente, eligiré uno de sus propios vestidos para que lo lleve puesto. El que más me gustaba.

No quedaba más remedio que aceptar.

El Niño llevó a Fulton al Café Royal aquella noche y le llenó de whisky y de preguntas

—¿Ojos azules?

—Bastante azules, señor, y un poco lacrimosos. Pero muy dulces.

—¿Cabello?

—Sin brillo, señor, como su carácter, y recogido en un moño.

—¿Tipo?

—Así, así, míster Nicholson, ¡así, así! Pero era una señorita muy dulce, miss Alison, ya lo creo que sí.

—¿Algún rasgo característico?

—Ninguno, señor, que saltara a la vista. Pero es que me resulta muy difícil eso de describir a una persona.

—¿No tenía amigos que la pudiesen dibujar de memoria?

—Ninguno, míster Nicholson. Hacía una vida muy solitaria.

Así que el Niño no tuvo ningún éxito con Fulton y su truco de prestidigitador no le sirvió de nada, porque le faltaba la facultad complementaria (que mistress Mucklehose—Kerr le atribuía pero que, usando una frase suya, era otro par de calcetines) de hacer aparecer una persona partiendo de su firma. Al día siguiente, desesperado, consultó con su cuñado, el pintor James Pryde.

—Jimmy, ¿qué demonios voy a hacer ahora?

Jimmy pensó un momento y luego, como era escocés y muy práctico, respondió:

—¿Por qué no le preguntas a Fulton si la muchacha había ido alguna vez al dentista?

Daba la casualidad de que sir Rockaway Timms era, como él, socio del Savile, y el Niño corrió a su consultorio en Wimpole Street para pedirle ayuda.

—Rocks, muchacho, estoy metido en un buen lío.

—No es la primera vez, Niño.

—Se trata de una chica de dieciocho años llamada Alison Muck1ehose—Kerr, una de tus pacientes.

—Deberías dejarlas en paz hasta que lleguen a la edad del discernimiento. ¡Estos artistas!
—No la he visto en mi vida. Y ahora parece ser que está muerta.
—Muy mal, muy mal. ¿Por su propia mano?
—Quiero saber lo que sabes de ella.
—Puedo enseñarte el mapa de su boca, si eso te causa una satisfacción morbosa. Lo tengo en mi gabinete. Espera un

momento M... Mu... Muck... ¡Aquí lo tienes! Incisivos demasiado juntos, una muela posterior torpemente empastada, otra igual, empastada con esmero por mí—, las muelas del juicio aún sin salir.
—¡Por Dios Santo, Rocks! Pero ¿qué cara tenía? ¡Es una cuestión de vida o muerte para mí!
Sir Rockaway dirigió una mirada burlona al Niño.
—¿Y yo qué saco con todo esto? —le preguntó.
—Una caja enorme de bombones de licor envuelta en un lazo rosa.
—Aceptado, en nombre de Edith. Bueno, esta Alison a la que engañaste en un oscuro bosque era una muchachita escocesa, de tez amarillenta, torpe, asustadiza, con un defecto en el ojo derecho... y sin embargo, ¡la viva imagen de Lilian Gish!
El Niño sacudió la mano de sir Rockaway con la misma violencia con la que había sacudido la de mistress Mucklehose—Kerr al despedirse. Luego salió corriendo y subió al taxi que le estaba esperando.
—¡Chófer! —gritó—. Vamos al cine donde dan El nacimiento de una nación, ¡tan de prisa como puedan sus ruedas!

Mistress Mucklehose—Kerr, citada en Appletree Yard una semana más tarde, soltó un gemido de gozo cuando entró en el estudio.
—¡Es Alison, la Alison de mi vida, señor Nicholson —balbució—. Sabía que su genio no me fallaría. Pero ¡qué buena cara tiene y qué feliz parece desde que ha pasado a mejor vida! Fulton, Fulton, ¡dígale a míster Nicholson lo maravilloso que es
—¡Ha captado usted la expresión de miss Alison a la perfección, señor' —declaró Fulton, visiblemente impresionado.
Mistress Mucklehose—Kerr insistió en comprar dos de los Nicholson subastados, que por casualidad estaban boca arriba en el suelo. El Niño había estado a punto de usar los lienzos de nuevo, y ella, al ver que no quería venderlos, le ofreció mil doscientas guineas por los dos.
Aceptó sin resistir, olvidándose del terrible castigo que le impondría Hacienda el año próximo.

***

LA EPOPEYA YA NO ESTA DE MODA

Petronio hizo lo que pudo. En el fondo, no era mala persona, aunque tenía la mente más sucia de toda Roma y bebía como un camello. y hasta tal punto era un experto en el arte de vivir a lo moderno que el emperador jamás se atrevía a comprarse un jarrón o una estatua, o siquiera catar un añejo desconocido, sin antes consultar con él.
Una noche en que Petronio cenaba casualmente en Palacio, le ofrecieron una salsa de aspecto verdaderamente repulsivo, cuyos principales ingredientes parecían ser benjuí y ajo. En vista de que el sirviente esperaba que la vertiera sobre un precioso lenguado asado a la parrilla, Petronio le preguntó a Nerón con voz zalamera:
—Mi querido César, ¿crees que es eso exactamente lo que andabas buscando?
Nerón se puso de mil colores. y es que por sus miradas impacientes y ansiosas resultaba evidente que él mismo había inventado la salsa, y si Petronio hubiese sido lo suficientemente

débil como para aprobarla, pronto cada mesa noble de Roma hubiese apestado a aquel mejunje. Todos se lo agradecimos de corazón.

Mi cuñado Lucano carecía notoriamente del aplomo de Petronio, y sin embargo se creía muy listo. Yo siempre había lamentado el matrimonio de mi hermana. Lucano, hijo de provincianos españoles ricos, nunca dejó de ser forastero, aunque su tío Séneca, el tutor de Nerón, había ascendido ahora al rango de cónsul y se había convertido en el escritor y dramaturgo más destacado de su día. Séneca adoraba a Lucano, un niño prodigio que sabía hablar el griego a los cuatro años, que se sabía la Ilíada de memoria a los ocho, y que antes de cumplir los once ya había escrito un comentario histórico sobre la Anábasis de Jenofonte y había traducido a Ibico en pareados elegíacos ovidianos. Tenía ahora veinticinco años, dos años más que Nerón, quien había hecho de él su modelo literario. Lucano le pagó esta amabilidad con un estupendo discurso adulador en el festival Neronia. Pero cuando aquella misma noche Petronio visitó nuestra casa —Lucano estaba pasando una temporada con nosotros— bajo el pretexto de darle la enhorabuena, yo sospeché que se traía algo más entre manos. Así que mandé salir a los esclavos, y entonces desembuchó.

—Sí, Lucano, un discurso de lo más pulido, y soy demasiado discreto para preguntarle hasta qué punto era sincero. Pero... corre el rumor de que estás trabajando sobre un importante poema histórico.

—Correcto, amigo Petronio —contestó, complaciente, Lucano.

—Por el amor de Baco, ¿no será que por fin te has decidido a escribir sus Conquistas de Alejandro, verdad?

—No, eso lo deseché, con excepci6n de unos cuantos bellos pasajes.

—Muy sabio por tu parte. Corría el riesgo de inspirar a nuestro patrón imperial y hacer que entre con sus tropas en Partia para emular al macedonio. A pesar de su genio militar innato, etcétera, etcétera, dudo mucho de que el ejército hubiese estado a la altura de la empresa. Aquellos arqueros partos, ya sabes...

La voz se le fue apagando.

—No, pues ya que preguntas, el tema es el de las Guerras Civiles.

Petronio levantó las manos.

—Eso es lo que oí decir, ¡Y no te imaginas cuanto me alarmó, hijo mío! Es un tema tan sumamente delicado, incluso después de cien años. Al menos dos terceras partes de las familias nobles que sobrevivieron, lucharon en el bando derrotado. Puede ser que complazca al emperador —repito puede ser y lo subrayo—, pero con toda seguridad va a herir Ios sentimientos de muchos. ¿Es muy largo el poema?

—Una epopeya en doce libros. Nueve ya están escritos.

—¡Una epopeya, señor!

—Una epopeya. .

—¡Pero si las epopeyas están pero que muy pasadas de moda!

—La mía no quedará anticuada. Yo hago que mis guerreros utilicen armas modernas, excluyo toda absurda intervención personal de los dioses, y animo la narrativa con anécdotas horripilantes, con metáforas que le dejan a uno sin aliento, y con todo tropo retórico que encuentro a mano. ¿Quieres que te lea unos cuantos versos?

—Si insistes.

Cuando Lucano se ausentó para ir a buscar el rollo de pergamino, Petronio me tiró de la manga:

—Argentario, tienes que poner fin a este disparate, de algún modo... ¡cómo sea! El emperador acaba de preguntarme tímidamente: «¿Qué te parecieron aquellos versos titulados La Batalla del Accio que te enseñé la otra noche? ¿Estabas acaso demasiado borracho para asimilarlos?» «No, César —le aseguré—, tus magníficos hexámetros me quitaron la cogorza de golpe.» «Así pues, ¿estás de acuerdo en que soy mejor poeta que Lucano?» A lo cual

respondí: «¡Cielos santos, no hay comparación!» Debió de tomárselo bien, porque su próximo comentario fue: «Me alegro, porque aquellos versos forman parte de mi gran epopeya moderna.» .

De nuevo entró Lucano. Petronio cortó la frase de golpe y cogió el pergamino. Lucano le observaba mientras leía. Después de un incómodo cuarto de hora, Petronio dejó a un lado el pergamino y declaró:

—Esto se tendrá que pulir mucho, Lucano. No digo que no sea bueno,.pero tiene que estar mucho, muchísimo mejor antes de poderlo entregar a los copistas. Guárdalo unos años en un cajón. En mi opinión (que no puedes permitirte menospreciar) la epopeya moderna es un estilo literario con el que únicamente deberían intentar escribir los hombres de estado retirados o los jóvenes emperadores.

Lucano palideció.

—¿Qué quieres decir —preguntó.

—No tengo nada que añadir a la dicho —respondió Petronio, y le dijo adiós con la mano.

Por cierto que Petronio estaba tan borracho que casi parecía estar sobrio.

A la mañana siguiente temprano, en la Vía Sacra, Lucano quiso fingir no conocer a Petronio, pero éste le condujo por la fuerza al cuarto trasero de una tienda de vinos.

—iEscucha, imbécil! —dijo Petronio—. Nadie niega que eres el mejor poeta del mundo, con una sola excepción, pero esta excepción te ha husmeado tu proyecto, y se va a enfadar muchísimo si intentas competir con él. Por el amor de Vulcano, ¡enciende el horno con aquel maldito papiro! En lugar de él, escribe un libro de cocina en verso —te ayudaré con muchísimo gusto— o más de esos epigramas tuyos amorosos sobre negras de piernas lascivas y cabello como el vellocino negro del carnero lafistio de Zeus... ¿y por qué no una eulogía pindárica sobre la destreza del emperador como áuriga? Todo lo que quieras... ¡menos una epopeya sobre las guerras civiles!

—Nadie tiene derecho a refrenar mi Pegaso.

—Esas fueron las célebres últimas palabras de Belerofonte —le recordó Petronio—. El dios del Trueno envió entonces un tábano que picó a Pegaso debajo de la cola, y Belerofonte salió disparado y se hizo mucho daño.

Lucano se puso furioso.

—¿ Quién eres tú para hablar de prudencia? Tú satirizas a Nerón en el personaje de Trimalción, en tu novela satírica, ¿no es verdad? Nadie podría confundir su retrato: sus bromas sin gracia, su forma disparatada y divagante de hablar, su gusto tan tremendamente vulgar, su enternecedora compasión de sí mismo. No es más que un bizco, un lujurioso, un analfabeto, un atontado, un megalómano..., ¡Y una desequilibrada mole de carnes!

Petronio se levantó.

—Desde luego, español, ¡creo que he de despedirme de ti! Hay ciertas cosas que no es decente decir delante de nadie.

—Pero sin embargo yo las he dicho, ¡Y las volveré a decir!

Resultó ser su último encuentro. Un mes más tarde Lucano invitó a unos cuantos amigos a un banquete privado, en el cual, después de los postres, recitó los primeros doscientos o trescientos versos de su epopeya. Empezaba describiendo las guerras civiles como la mayor vergüenza jamás sufrida por Roma, y diciendo que a pesar de ello habían merecido de sobras la pena, ya que garantizaron a la larga la sucesión de Nerón. A continuación prometía a Nerón que, a su fallecimiento, subiría derecho a las estrellas, como el divino Augusto, y se transformaría en un dios más divino de lo que ya era, pudiendo elegir entre convertirse en Júpiter y empuñar el cetro olímpico, o en Apolo y subirse al carro celestial del sol. Hasta ahí todo fue muy bien, pero luego se vio la otra cara de la moneda. Han de comprender que Petronio había salido impune de la sátira de Trimalción porque era un artista, tuvo la precaución de no meterse con ninguna patochada o vulgaridad concreta, de las que iban de

boca en boca, y sólo se burlaba del tipo de comportamiento que (en voz baja, naturalmente) llamábamos neronianismos. Nerón jamás hubiese reconocido al nouveau—riche Trimalción como mi propio retrato y, naturalmente, nadie se hubiese atrevido a abrirle los ojos. Pero Lucano no era un artista, Pronto dejó que su elogio heroico—cómico degenerara hasta convertirse en una caricatura desmañada; le rogó al Nerón deificado que no privase a Roma de su total resplandor colocándose en las regiones árticas del cielo o en el trópico del sur, pues desde allí la mirada de sus afortunados rayos sólo allegaría torcida, y que tuviera la amabilidad de apoyarse pesadamente sobre cualquier parte del eter por temor a que su peso divino inclinara el eje .celestial hasta descentrarlo, y así dislocar todo el Universo. y el muy idiota acentuaba cada punto con esa horrible sonrisa, causando tanto desconcierto en todos que el banquete se disolvió confusamente.

En realidad, Nerón sólo oyó un vago rumor sobre este asunto, pero lo suficiente como para hacerle preguntar a Petronio si había advertido a Lucano con la intrusión en el coto imperial. Petronio respondió sin vacilar:

—Sí, Cesar. Le expliqué que seria ridículo que compitiese con su maestro en literatura.

Así que Nerón mandó a dos oficiales de la guardia a casa de Lucano con este breve mensaje: «¡No escribirás más poesía hasta nuevo aviso!»

La secuela es de sobras conocida. Lucano persuadió a unos cuantos extremistas más para que se unieran a su conspiración de asesinar al emperador en nombre de la libertad artística. Falló. Sus amigos fueron detenidos, ya Lucano le abrió las venas un cirujano en el consabido baño caliente, donde recitó un fragmento trágico de sus Conquistas de Alejandro, donde un soldado de Alejandro moría desangrado.

Naturalmente, el padre de Lucano tuvo que seguir su triste ejemplo, y también lo hizo el viejo Séneca (¡eso sí que fue un poco duro para mi pobre hermana!). Además, Lucano había dejado una carta grosera para el emperador, si es que la palabra «grosera» es lo bastante fuerte para describirla, y por cierto calificando a Petronio de cobarde por morderse la lengua en la descripción de Trimalción. Así que a Petronio también le iban a dar. ..

Pero yo había echado a correr desde el banquete hasta Ostia —unos buenos veinte kilómetros— con todo el oro que había podido meter en una bolsa, y había tomado un barco rumbo a Efeso. Allí me teñí el pelo. me cambié el nombre, y no asomé la cabeza durante tres o cuatro años, hasta que Vespasiano eso tuvo bien investido con la púrpura. ¡Menos mal que en el colegio era torpe y nunca sentí ninguna ambición literaria en absoluto! De todos modos, como corredor de fondo nadie en Roma podía alcanzarme...

***

EL GRITO

Cuando llegamos con nuestras bolsas al campo de criquet del manicomio, el médico jefe, a quien había conocido en la casa donde me hospedaba, se acercó para estrecharme la mano. Le dije que aquel día yo sólo venía a llevar el tanteo para el equipo de Lampton (me había roto un dedo la semana anterior, jugando en la arriesgada posición de guardar el *wic—ket* sobre un terreno irregular).

—Ah, entonces tendrá usted a un compañero interesante —me dijo.

—¿El otro tanteador? —le pregunté yo.

—Crossley es el hombre más inteligente del hospital —respondió el médico—, gran lector, jugador de ajedrez de primera, etcétera. Parece ser que ha viajado por todo el mundo. Le han mandado aquí por sus manías. La más grave es que es un asesino y, según él, ha matado a tres hombres y a una mujer en Sydney, Australia. La otra manía, que es más cómica, es que su alma está rota en pedazos, y vaya usted a saber qué querrá decir con eso. Edita nuestra revista

mensual, nos dirige las obras teatrales navideñas, y el otro día nos hizo una demostración de juegos de manos muy original. Le gustará.

Me presentó. Crossley, un hombre corpulento de cuarenta o cincuenta años, tenía un rostro extraño, pero no desagradable. No obstante, me sentí un poco incómodo sentado en la cabina donde se llevaba el tanteo, con sus manos cubiertas de pelos negros tan cerca de las mías. No es que temiera algún acto de violencia física, pero sí tenía la sensación de estar en presencia de un hombre de fuerza poco corriente, e incluso tal vez, no sé por qué se me ocurriría, poseedor de poderes ocultos. Hacía calor en la cabina a pesar de la amplia ventana.

—Tiempo de tormenta —dijo Crossley, que hablaba con lo que la gente de campo llama «acento universitario», aunque yo no llegué a determinar de qué colegio universitario procedía—. En tiempo de tormenta, los pacientes nos comportamos de un modo todavía más anormal que de costumbre.

Le pregunté si jugaba algún paciente.

—Dos de ellos, estos dos primeros bateadores. El alto, B. C. Brown, jugaba con el equipo del condado de Hants hace tres años, y el otro es un buen jugador de club. También suele apuntarse Pat Slingsby (ya sabe, el boleador rápido australiano), pero hoy prescindimos de él. Cuando el tiempo está así, sería capaz de lanzar la pelota contra la cabeza del bateador. No es que sea un demente en el sentido corriente; sencillamente, tiene un formidable mal genio. Los médicos no pueden hacer nada con él. Es para matarle.

Luego, Crossley empezó a hablar del doctor:

—Un tipo de buen corazón y, para ser médico de un hospital psiquiátrico, bastante preparado técnicamente. Incluso estudia psicología morbosa y lee bastante; está casi al día, digamos hasta anteayer. Como no lee ni alemán ni francés, yo le llevo una o dos etapas de ventaja en cuestión de modas psicológicas; él tiene que esperar que lleguen las traducciones inglesas. Invento sueños significativos para que me los interprete y, como me he dado cuenta de que le gusta que incluya en ellos serpientes y tartas de manzana, así suelo hacerlo. Está convencido de que mi problema mental se debe a la consabida «fijación antipaternal»... ¡ojalá fuera así de sencillo!

Entonces me preguntó Crossley si podría tantear y escuchar una historia al mismo tiempo. Le dije que sí. Era un partido lento.

—Mi historia es verdadera —dijo—, cada palabra es cierta. O, al menos, cuando digo que mi historia es «verdadera» quiero decir que la estoy contando de una forma nueva. Siempre es la misma historia, pero algunas veces varío el climax e incluso cambio los papeles de los personajes. Las variaciones la mantienen fresca, y por consiguiente verdadera. Si siempre utilizara la misma fórmula, pronto perdería interés y se volvería falsa. Me interesa mantenerla viva, palabra por palabra. Conozco personalmente a los personajes que hay en ella. Son gente de Lampton.

Decidimos que yo llevaría el tanteo de las carreras, incluyendo las carreras *extras,* y que él llevaría la cuenta de las boleadas y su análisis, y que a la caída de cada *wicket* nos copiaríamos el uno del otro.

Así fue posible que relatara la historia.

Richard se despertó un día diciéndole a Rachel:

—Pero ¡qué sueño tan raro!

—Cuéntame, cariño —le dijo ella—, y date prisa, porque yo quiero contarte el mío.

—Estaba conversando —le explicó— con una persona (o personas, porque cambiaba muy a menudo de aspecto) de gran inteligencia, y puedo recordar claramente la discusión. Sin embargo, ésta es la primera vez que logro recordar una conversación mantenida en sueños. Normalmente, mis sueños son tan diferentes del estar despierto que sólo puedo describirlos diciendo: «Es como si estuviera viviendo y pensando como un árbol, o una campana o un do mayor o un billete de cinco libras; como si nunca hubiera sido humano.» La vida allí se me presenta algunas veces rica y otras pobre, pero, repito, en cada ocasión tan diferente que si yo

dijera: «Tuve una conversación» o «Estuve enamorado», o «Escuché música» o «Estaba enfadado», me encontraría tan lejos de la realidad de los hechos como si intentara explicar un problema de filosofía tal como se lo explicó Panurge, el personaje de Rabelais, a Thaumast: simplemente, haciendo muecas con los ojos y los labios.

—A mí me ocurre algo parecido —repuso ella—. Creo que cuando estoy dormida me convierto, quizá, en una piedra, con todos los apetitos y las convicciones naturales de una piedra. Hay un refrán que dice: «Dura como una piedra», pero puede que haya más sentido en una piedra, más sensibilidad, más delicadeza, más sentimiento y más sensatez que en muchos hombres o mujeres. Y no menos sensualidad —añadió, pensativa.

Era un domingo por la mañana, así que podían quedarse en la cama, abrazados, sin preocuparse por la hora, y como no tenían hijos, el desayuno podía esperar. Richard le dijo que en su sueño él iba caminando por las dunas con esa persona o personas, y que ésta le dijo: «Estas dunas no forman parte ni del mar ante nosotros ni del herbazal detrás nuestro, ni están relacionadas con las montañas más allá del herbazal. Son ellas mismas. Cuando un hombre camina por las dunas no tarda en apercibirse de este hecho por el sabor del aire, y si se abstuviera de comer y beber, de dormir y hablar, de pensar y desear, podría continuar entre ellas para siempre, sin cambiar. No hay vida ni muerte en estas dunas. Cualquier cosa podría suceder en las dunas.»

Rachel dijo que eso eran tonterías y preguntó: —Pero ¿de qué trataba la discusión? ¡Cuenta de

una vez!

Él dijo que era sobre el paradero del alma, pero que ahora ella se lo había sacado de la cabeza por darle prisas. Lo único que recordaba era que el hombre era primero un japonés, luego un italiano y finalmente un canguro.

A cambio, ella le contó impetuosamente su sueño, comiéndose las palabras.

—Iba andando por las dunas —dijo— y también había conejos allí; ¿cómo concuerda eso con lo que dijo sobre la vida y la muerte? Os vi al hombre y a ti que veníais del brazo hacia mí y me alejé corriendo de los dos y me di cuenta de que el hombre llevaba un pañuelo de seda negro; corrió detrás de mí y se me cayó la hebilla del zapato y no pude detenerme para recogerla. La dejé en el suelo y él se agachó y se la metió en el bolsillo.

—¿Cómo sabes que se trataba del mismo hombre? —preguntó Richard.

Ella se rió:

—Porque tenía la cara negra y llevaba puesto un abrigo azul, como aquel cuadro del capitán Cook. Y porque era en las dunas.

Richard la besó en el cuello.

—No sólo vivimos juntos y hablamos juntos y dormimos juntos —le dijo—, sino que al parecer ahora incluso soñamos juntos.

Y se rieron los dos.

Luego Richard se levantó y le trajo el desayuno.

Sobre las once y media Rachel dijo:

—Sal a dar un paseo ahora, cariño, y cuando vuelvas tráeme algo en qué pensar; vuelve a tiempo para la comida, a la una.

Era una mañana calurosa de mayo y salió por el bosque, tomando el camino de la costa, que en menos de un kilómetro iba a parar a Lampton.

(—¿Usted conoce bien Lampton? —preguntó Crossley.

—No —le dije yo—, sólo estoy aquí de vacaciones, en casa de unos amigos.)

Caminó unos cien metros por la costa, pero luego se desvió y cruzó el herbazal pensando en Rachel, observando las mariposas azules y mirando las rosas silvestres y el tomillo, y pensando de nuevo en ella y en lo extraño que resultaba que pudieran estar tan cerca el uno del otro; luego, arrancó unos pétalos de flor de aulaga y los olió, meditando sobre el olor y

pensando: «Si ella muriera, ¿qué sería de mí?» Tomó un trozo de pizarra del muro bajo y lo hizo saltar varias veces rozando la superficie de la charca, y pensando: «Soy un tipo muy torpe para ser su marido», y fue caminando hacia las dunas, para alejarse de nuevo, quizá algo temeroso de encontrarse con la persona del sueño, y finalmente describió un semicírculo hasta llegar a la vieja iglesia pasado Lampton, al pie de la montaña.

La misa de la mañana había concluido y la gente estaba fuera, cerca de los monumentos megalíticos que había detrás de la iglesia, caminando en grupos de dos o tres, como era costumbre, sobre la suave hierba. El hacendado de la localidad hablaba en voz muy alta sobre el rey Carlos *el Mártir:*

—Un gran hombre, de verdad, un gran hombre, pero traicionado por aquellos a quienes más amaba.

Y el médico estaba discutiendo sobre música para órgano con el párroco. Había un grupo de niños jugando a la pelota:

—¡Tírala aquí, Elsie! No, a mí, Elsie, ¡Elsie! ¡Elsie!

Entonces apareció el párroco y se metió la pelota en el bolsillo, diciendo que era domingo; tenían que haberlo recordado. Cuando se hubo marchado, se pusieron a hacerle muecas.

Al poco rato se acercó un forastero, pidió permiso para sentarse al lado de Richard y empezaron a hablar. El forastero había asistido a la misa y deseaba discutir el sermón. El tema había sido la inmortalidad del alma; era el último sermón de una serie que había empezado por Pascua. Dijo que no podía estar de acuerdo con la premisa del predicador, según la cual «el alma reside continuamente en el cuerpo». ¿Por qué tenía que ser así? ¿Qué función desempeñaba el alma, día a día, en el trabajo rutinario del cuerpo? El alma no era ni el cerebro, ni los pulmones, ni el estómago, ni el corazón, ni la mente, ni la imaginación. Era sin duda algo aparte, ¿no? ¿No era en realidad menos probable que residiese en el cuerpo que fuera de él? No tenía pruebas ni de una cosa ni de la otra, pero, según él, nacimiento y muerte eran un misterio tan extraño que la explicación de la vida podría muy bien estar fuera del cuerpo, que es la prueba visible de la existencia.

—Ni siquiera podemos saber con precisión cuáles son los momentos del nacimiento y de la muerte —continuó diciendo—. Fíjese que en el Japón, país qué he visitado, se calcula que un hombre tiene ya un año cuando nace; y hace poco en Italia un hombre muerto... Pero venga a pasear por las dunas y déjeme que le cuente mis conclusiones. Me resulta más fácil hablar cuando estoy paseando.

A Richard le asustó escuchar todo esto y ver al hombre secarse la frente con un pañuelo de seda negro. Logró balbucir una respuesta. En aquel momento, los niños, que se habían acercado arrastrándose por detrás de uno de los monumentos megalíticos, de pronto y a una señal acordada gritaron en los oídos de los dos hombres y se quedaron allí riendo. El forastero, al sobresaltarse, se enfadó y abrió la boca como si estuviera a punto de maldecirles, mostrando los dientes hasta las encías. Tres de los niños chillaron y echaron a correr. Pero la niña a la que llamaban Elsie se cayó al suelo del susto y se quedó allí sollozando. El médico, que estaba cerca, intentó consolarla.

—Tiene cara de demonio —se oyó decir a la niña.

El forastero sonrió amablemente:

—Y un demonio es lo que fui no hace tanto tiempo. Esto ocurrió en el norte de Australia, donde viví entre aquellos negros durante veinte años. «Demonio» es la palabra que mejor describe la posición que ellos me otorgaron en su tribu, y también me dieron un uniforme de la Armada inglesa, del siglo dieciocho, para ponerme en las ceremonias. Venga a pasear conmigo por las dunas y déjeme contarle toda la historia. Me apasiona pasear por las dunas: por eso vengo a este pueblo... Me llamo Charles.

—Gracias —dijo Richard—, pero debo volver a casa enseguida. La comida me espera.

—Tonterías —dijo Charles—, la comida puede esperar. O, si usted quiere, puedo ir a comer con usted. Por cierto, no he comido nada desde el viernes. Estoy sin dinero.

Richard se sintió incómodo. Temía a Charles y no quería llevárselo a su casa a comer por lo del sueño, las dunas y el pañuelo, pero, por otra parte, el hombre era inteligente y apacible, vestía bastante bien y no había comido nada desde el viernes; si Rachel se enteraba de que había rehusado darle una comida, volvería a empezar con sus reproches. Cuando Rachel estaba malhumorada, su queja favorita era que Richard era demasiado prudente con el dinero; pero cuando hacían las paces admitía que era el hombre más generoso que conocía y que no se lo había dicho en serio. Y cuando volvía a enfadarse con él, otra vez salía con que era un avaro. «Diez peniques y medio —le decía, burlándose—, diez peniques y medio y tres peniques en sellos.» A Richard le ardían las orejas y le entraban ganas de pegarle. Así que dijo a Charles:

—No faltaría más, venga a comer conmigo; pero aquella niña aún está sollozando a causa del miedo que le tiene. Tendría que hacer algo.

Charles le hizo señas para que se acercase y se limitó a pronunciar una dulce palabra —una palabra mágica australiana, según le contó luego a Richard, que significaba *leche*—; inmediatamente, Elsie se sintió reconfortada y vino a sentarse sobre las rodillas de Charles, jugando con los botones de su chaleco durante un rato, hasta que Charles la hizo marchar.

—Tiene usted extraños poderes —dijo Richard.

—Me gustan mucho los niños —respondió Charles—, pero el grito me alarmó; me alegro de no haber hecho lo que por un momento tuve la tentación de hacer.

—¿Qué era? —preguntó Richard.

—Pude haber gritado yo también —replicó Charles.

—Seguro que lo hubiesen preferido —dijo Richard—. Les hubiese parecido un juego estupendo. Seguramente, es lo que esperaban que hiciera.

—Si yo hubiese gritado —dijo Charles—, mi grito los habría matado en el acto, o al menos los habría trastornado. Lo más probable es que los hubiese matado, porque estaban muy cerca.

Richard sonrió tontamente. No sabía si debía reír o no, porque Charles hablaba con mucha seriedad y compostura. Por lo tanto, optó por decirle:

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de grito es ése? Déjeme oírle gritar.

—No sólo podría hacerles daño a los niños con mi grito—repuso Charles—. También los hombres pueden volverse locos de remate; incluso el más fuerte quedaría tendido en el suelo. Es un grito mágico que aprendí del jefe de demonios en el territorio norteño. Tardé dieciocho años en perfeccionarlo, y sin embargo sólo lo he utilizado, en total, cinco veces.

Richard tenía la mente tan confusa, a causa del sueño y del pañuelo y de la palabra que le dijo a Elsie, que no sabía qué decir. Sólo se le ocurrió murmurar:

—Le doy cincuenta libras si con un grito despeja este lugar.

—Veo que no me cree —dijo Charles—. ¿Es que no ha oído hablar nunca del grito del terror?

Richard meditó y dijo:

—Bueno, he leído algo sobre el grito heroico que utilizaban los antiguos guerreros irlandeses y que hacía retroceder a los ejércitos... ¿y no fue Héctor, el troyano, el que sabía proferir un terrible grito? También sé que en los bosques de Grecia se oían unos gritos repentinos. Los atribuyeron al dios Pan, y esos gritos infundían a los hombres un miedo enloquecedor; precisamente, de esta leyenda proviene la palabra «pánico». Y recuerdo otro grito mencionado en el *Mabinogion,* en la historia de Lludd y Llevelys. Era un chillido que se oía cada víspera del primero de mayo y que atravesaba todos los corazones, asustando de tal modo a los hombres, que perdían el color y la fuerza, y las mujeres sus hijos, y los jóvenes y doncellas el juicio, y los animales, los árboles, la tierra y las aguas quedaban estériles. Pero este grito lo lanzaba un dragón.

—Sería un mago británico del clan de los Dragones —dijo Charles—. Yo pertenecía a los Canguros. Sí, eso concuerda. El efecto no está descrito con exactitud, pero se aproxima bastante.

Llegaron a la casa a la una y Rachel estaba en la puerta, con la comida a punto.

—Rachel —dijo Richard—, te presento al señor Charles, que ha venido a comer. El señor Charles es un gran viajero.

Rachel se pasó la mano por la frente como para disipar una nube, pero pudo haber sido el brillo repentino del sol. Charles le cogió la mano y se la besó, cosa que la sorprendió. Rachel era graciosa, menuda, con ojos de un azul intenso que contrastaban con su cabello negro, delicada en sus movimientos y con una voz bastante grave; tenía un sentido del humor algo extraño.

(—Le gustaría Rachel —dijo Crossley—, algunas veces viene a visitarme aquí.)

Sería difícil definir bien a Charles: era de mediana edad y alto, con el cabello gris y una cara que no estaba quieta ni por un momento; los ojos grandes y brillantes, unas veces amarillos, otras marrones y otras grises; su voz cambiaba de tono y de acento según el tema; tenía las manos morenas, con el dorso peludo y las uñas bien cuidadas. De Richard basta decir que era músico, que no era un hombre fuerte pero sí un hombre de suerte. La suerte era su fuerza.

Después de comer, Charles y Richard lavaron juntos los platos y de pronto Richard le preguntó a Charles si le dejaría escuchar el grito, pues sabía que no podría tranquilizarse hasta haberlo oído. Sin duda, era peor pensar en una cosa tan terrible que oírla, porque ahora ya creía en el grito.

Charles dejó de fregar platos, trapo en mano.

—Como quiera —le dijo—, pero que conste que ya le he avisado de qué clase de grito se trata. Y si grito, tiene que ser en un lugar solitario donde nadie más pueda oírlo; y no pienso gritar en el segundo grado, el grado que mata con certeza, sino en el primero, que únicamente horroriza. Cuando quiera que pare, tápese los oídos con las manos.

—De acuerdo —asintió Richard.

—Aún no he gritado nunca para satisfacer una frivola curiosidad —explicó Charles—; siempre lo he hecho cuando mis enemigos han puesto en peligro mi vida, enemigos blancos o negros, y una vez, cuando me encontré solo en el desierto. Esa vez me vi forzado a gritar, para obtener comida.

Entonces Richard pensó: «Bueno, como soy un hombre de suerte, mi suerte me servirá incluso para esto.»

—No tengo miedo —le dijo a Charles.

—Iremos a caminar por las dunas mañana temprano —sugirió Charles—, cuando aún no haya nadie, y entonces gritaré. Dice usted que no tiene miedo.

Pero Richard tenía mucho miedo, y lo que empeoraba su miedo era que de algún modo se sentía incapaz de hablarle a Rachel y contárselo, pues él sabía que, de hacerlo o bien le prohibiría salir, o bien le acompañaría. Si le prohibía ir, el miedo al grito y un sentimiento de cobardía se cerniría sobre él para siempre, pero si iba con él y si resultaba que el grito no era nada, ella hallaría un nuevo motivo de burla en su credulidad y Charles se reiría con ella; y si efectivamente resultaba ser algo, muy bien podría volverse loca. Así que no dijo nada.

Invitaron a Charles a pasar la noche en su casa y se quedaron charlando hasta muy tarde.

Cuando ya estaban en la cama, Rachel le dijo a Richard que le gustaba Charles y que, desde luego, era un hombre que había visto mucho mundo, aunque era un tonto y un crío. Luego Rachel empezó a decir muchas tonterías. Había tomado un par de copas de vino, y casi nunca bebía.

—Oh, cariño —le dijo—, se me olvidó decirte una cosa. Esta mañana me puse los zapatos de la hebilla cuando tú no estabas, y vi que faltaba una. Seguro que anoche, antes de irme a dormir,

me di cuenta de que la había perdido y sin embargo no debí registrar la pérdida en mi mente, por lo que en mi sueño se transformó en descubrimiento; pero algo me dice..., mejor dicho, tengo la certeza de que el señor Charles guarda la hebilla en su bolsillo, y estoy segura de que él es el hombre a quien conocimos en nuestro sueño. Pero no me importa, en absoluto.

Richard empezó a sentir cada vez más miedo, y no se atrevió a contarle lo del pañuelo de seda negro y lo de las invitaciones de Charles a pasear con él por las dunas. Y lo que era peor, Charles sólo había utilizado un pañuelo blanco mientras estaba en su casa, así que no podía estar seguro de si en realidad lo había visto o no. Volvió la cabeza hacia el otro lado y dijo sin convicción: —Claro, Charles sabe muchas cosas. Voy a dar un paseo con él mañana temprano, si no te importa; un paseo muy de mañana es lo que necesito.

—Ah, yo también iré —dijo ella.

Richard no sabía cómo negárselo y comprendió que había cometido una equivocación al decirle lo del paseo.

—Charles se alegrará mucho. A las seis, entonces.

A las seis se levantó, pero Rachel, después del vino, tenía demasiado sueño para ir con ellos. Lo despidió con un beso y él se marchó con Charles.

Richard había pasado mala noche. En sus sueños nada se presentaba en términos humanos, sino que todo era confuso y temible, y nunca se había sentido tan distante de Rachel desde su matrimonio; además, el temor al grito aún le roía por dentro. Y también tenía hambre y frío. Soplaba un viento fuerte de las montañas hacia el mar y caían algunas gotas de lluvia. Charles casi no pronunció palabra; mascaba un tallo de hierba y caminaba deprisa.

Richard se sintió mareado y dijo a Charles:

—Espere un momento. Tengo flato en el costado.

Se detuvieron y Richard preguntó, jadeante:

—¿Qué clase de grito es? ¿Es fuerte o estridente? ¿Cómo se produce? ¿Cómo puede enloquecer a un hombre?

Al ver que guardaba silencio, Richard continuó con una sonrisa tonta:

—No obstante, el sonido es una cosa curiosa. Recuerdo que cuando estudiaba en Cambridge le tocó una noche a un alumno de King's College leer el pasaje de la Biblia. No había pronunciado diez palabras cuando comenzó a oírse un crujido, acompañado de una resonancia y un rechinar, y empezaron a caer trozos de madera y polvo del techo; resultaba que su voz estaba perfectamente armonizada con la del edificio y tuvo que callar porque podía haberse desplomado el techo, del mismo modo que se puede romper una copa de vino si se acierta su nota en un violín.

Charles accedió a responder:

—Mi grito no es una cuestión de tono ni de vibración, sino algo que no puede explicarse. Es un grito de pura maldad, y no tiene un lugar fijo en la escala. Puede asumir cualquier nota. Es el terror puro, y si no fuera por cierta intención mía, que no necesito contarle, me negaría a gritar para usted.

Richard tenía el gran don del miedo, y esta nueva descripción del grito le inquietó todavía más; hubiese deseado estar en casa, en la cama, y que Charles se encontrase a dos continentes de distancia. Pero se sentía fascinado. Ahora estaban cruzando el herbazal, pasando entre el esparto, que le pinchaba a través de los calcetines y los empapaba.

Estaban ya en las desnudas dunas. Desde la más alta, Charles miró a su alrededor; podía contemplar la playa que se extendía tres kilómetros o más. No se veía a nadie. Entonces Richard vio cómo Charles sacaba una cosa de su bolsillo y la usaba despreocupadamente para hacer malabarismos, lanzándola de la punta de un dedo a otra, impulsándola con el índice y el pulgar para que diera vueltas en el aire y luego recogiéndola sobre el dorso de la mano. Era la hebilla de Rachel.

Richard respiraba con dificultad, le latía violentamente el corazón y estuvo a punto de vomitar. Tiritaba de frío y al mismo tiempo sudaba. Pronto llegaron a un espacio abierto entre las dunas, cerca del mar. Había un banco de arena de cierta altura sobre el cual crecían unos cardos y un poco de hierba de un verde pálido, y el suelo estaba lleno de piedras, traídas hasta allí por el mar, años antes, según se deducía. Aunque el lugar estaba situado detrás del primer terraplén de dunas, había una abertura en la línea, quizá causada por la irrupción de una marea alta, y los vientos que continuamente corrían por aquel hueco lo dejaban limpio de arena. Richard tenía la mano en el bolsillo del pantalón, buscando calor, y se dedicó a enrollar nerviosamente un trozo blando de cera alrededor del índice derecho: el cabo de una vela que se le había quedado en el bolsillo la noche anterior, cuando bajó a cerrar la puerta.

—¿Está preparado? —preguntó Charles.

Richard asintió con la cabeza.

Una gaviota bajó hasta la cima de las dunas y volvió a alzar el vuelo, chillando, cuando les vio.

—Póngase junto a los cardos —dijo Richard con la boca seca— y yo me quedaré aquí donde están las piedras, no demasiado cerca. Cuando levante la mano, ¡grite! Cuando me lleve los dedos a los oídos, pare enseguida.

Así pues, Charles se desplazó unos veinte pasos hacia los cardos. Richard vio sus anchas espaldas y el pañuelo de seda negro que sobresalía de su bolsillo. Recordó el sueño y la hebilla del zapato, y el miedo de Elsie. Rompió su resolución y rápidamente partió en dos el trozo de cera y se tapó los oídos. Charles no le vio.

Se volvió y Richard le hizo la señal con la mano.

Charles se inclinó de un modo extraño, sacando la barbilla y mostrando los dientes. Richard jamás había visto tal mirada de terror en la cara de un hombre. Para esto no estaba preparado. La cara de Charles, que normalmente era blanda y cambiante, incierta como una nube, se endureció hasta parecer una áspera máscara de piedra, al principio blanca como la muerte, y luego el color se fue extendiendo, empezando por los pómulos, primero rojo, luego de un rojo más intenso y al final negro, como si estuviera a punto de ahogarse. Entonces se le fue abriendo la boca hasta el máximo, y Richard cayó de bruces, con las manos sobre los oídos, en un desmayo.

Cuando volvió en sí se encontró solo, tendido entre las piedras. Se incorporó y, al sentirse entumecido, se preguntó si llevaría mucho tiempo allí. Se encontraba muy débil, con náuseas, y en el corazón un escalofrío más helado que el que sentía en su cuerpo. No podía pensar. Puso la mano en el suelo para levantarse y se apoyó en una piedra; era más grande que casi todas las demás. La cogió y palpó su superficie distraídamente. Su mente divagó. Empezó a pensar en el trabajo de zapatero, sobre el cual nunca había sabido nada pero cuyo arte le resultaba ahora totalmente familiar.

—Debo de ser un zapatero —dijo en voz alta.

Luego se corrigió:

—No, soy músico. ¿Será que me estoy volviendo loco?

Tiró la piedra; dio contra otra y rebotó.

—Veamos, ¿por qué habré dicho que era un zapatero? —se preguntó—. Hace un momento, me pareció que sabía todo lo que hay que saber sobre la profesión de zapatero, y ahora no sé nada en absoluto sobre este tema. Tengo que volver a casa con Rachel. ¿Por qué se me ocurriría salir?

Entonces vio a Charles sobre una duna, a unos cien metros de distancia, con la mirada perdida en el mar. Recordó su miedo y se aseguró de que aún tenía la cera puesta en los oídos; se puso en pie tambaleándose. Notó como si algo se agitase en la arena y vio en ella un conejo tendido sobre un costado, retorciéndose a sacudidas, presa de convulsiones. Al acercarse Richard, la agitación cesó: el conejo estaba muerto. Richard se arrastró por detrás de una duna para no ser visto por Charles y luego echó a andar hacia su casa, corriendo con torpeza sobre la blanda

arena. No había avanzado veinte pasos cuando encontró la gaviota. Estaba de pie sobre la arena, como atontada, y, en lugar de echar a volar cuando se acercó Richard, cayó muerta.

Richard no supo cómo llegó a casa, pero se encontró en ella abriendo la puerta trasera y se arrastró a gatas escaleras arriba. Se destapó los oídos.

Rachel estaba incorporada en la cama, pálida y temblorosa.

—Menos mal que has regresado —dijo—. He tenido una pesadilla, la peor de toda mi vida. Fue espantoso. Yo estaba en mi sueño, en el más profundo sueño que he tenido, como el que te conté. Era como una piedra, y sentía que estaba próxima a ti; tú eras tú, estaba bien claro, aunque yo era una piedra, y tú sentías mucho miedo y yo no podía hacer nada para ayudarte, y tú esperabas algo y ese algo terrible no te ocurrió a ti sino a mí. No puedo decirte lo que era, pero sentía como si todos mis nervios chillaran de dolor al mismo tiempo, y me estuvieran atravesando una y otra vez con el rayo de alguna luz intensa y maligna que me hacía retorcer. Me desperté y mi corazón latía tan deprisa que apenas si podía respirar. ¿Crees que tuve un ataque cardíaco y que mi corazón se saltó un latido? Dicen que uno se siente así. ¿Dónde has estado, cariño? ¿Dónde está el señor Charles?

Richard se sentó en la cama y le cogió la mano.

—Yo también he tenido una mala experiencia —le dijo—. He salido a pasear junto al mar, con Charles, y mientras él se adelantaba para escalar la duna más alta, sentí como un desmayo y caí sobre un montón de piedras, y cuando recobré el sentido el miedo me había empapado en sudor y tuve que volver enseguida a casa. Así que he regresado solo, corriendo. Ocurrió hará cosa de media hora.

No le contó nada más. Le preguntó si podía volver a meterse en la cama y si ella podría preparar el desayuno. Eso era algo que no había hecho en todos sus años de casada.

—Estoy tan enferma como tú —contestó ella.

Quedaba entendido entre ellos que Rachel siempre estaba enferma; Richard tenía que encontrarse bien.

—No es verdad —le dijo él, y volvió a desmayarse.

Rachel le ayudó de mala gana a meterse en la cama, se vistió y bajó lentamente las escaleras. Un olor a café y *bacon* subió a su encuentro y allí estaba Charles, con el fuego encendido y dos desayunos sobre una bandeja. Fue tanto su alivio al no tener que preparar el desayuno y tanta su confusión debido a la experiencia que había tenido, que le dio las gracias y le dijo que era un sol, y él le besó la mano con seriedad y se la apretó. Había hecho el desayuno tal como a ella le gustaba: el café bien fuerte y los huevos fritos por ambos lados.

Rachel se enamoró de Charles. A menudo se había enamorado de otros hombres antes y después de su matrimonio, pero cuando ocurría tenía por costumbre contárselo a Richard, igual que él acordó contárselo siempre a ella; de este modo, la pasión sofocada hallaba un desahogo y no había celos, porque ella siempre le decía (igual que él podía decírselo a ella): «Sí, estoy *enamorada* de fulano, pero sólo te *amo* a ti.»

Nunca había ido más lejos la cosa. Pero esto era diferente. De algún modo, no sabía por qué, no podía admitir que estaba enamorada de Charles, pues ya no amaba a Richard. Le odiaba por estar enfermo y le dijo que era un perezoso y un farsante. Así pues, sobre las doce, Richard se levantó, pero anduvo gimiendo por el dormitorio hasta que ella le mandó de nuevo a la cama a seguir gimiendo.

Charles la ayudaba con el trabajo de la casa, guisando todas las comidas, pero no subió a ver a Richard porque no se lo habían pedido. Rachel se sentía avergonzada, y se disculpó ante Charles por la grosería de Richard al marcharse corriendo de aquel modo. Pero Charles explicó apaciblemente que no lo había tomado como un insulto; también él se había sentido extraño aquella mañana, pues era como si algo se agitara en el aire cuando llegaron a las dunas. Ella le dijo que también había notado esta sensación extraña.

Más tarde, Rachel descubrió que todo Lampton hablaba de lo mismo. El médico sostenía que se trataba de un temblor de tierra, pero la gente del campo decía que había sido el demonio que pasaba por allí. Había venido a buscar el alma negra de Salomón Jones, el guardabosque, a quien encontraron muerto aquella mañana en su casita cerca de las dunas.

Cuando Richard pudo bajar y caminar un poco sin gemir, Rachel lo mandó al zapatero a comprarle una hebilla nueva para su zapato. Lo acompañó hasta el fondo del jardín. El camino bordeaba una escarpada pendiente. Richard parecía enfermo y gemía levemente al andar, así que Rachel, medio enfadada y medio en broma, le dio un empujón y le hizo caer cuesta abajo rodando entre ortigas y hierro viejo. Luego regresó a la casa, riendo a carcajadas.

Richard suspiró, intentó a su vez reírse de la broma que le había gastado Rachel —aunque ella ya se había ido—, se levantó con esfuerzo, sacó los zapatos de entre las ortigas y al cabo de un rato subió despacio por la cuesta, salió por la verja y bajó por el sendero, deslumhrado por el resplandor del sol.

Cuando llegó a casa del zapatero, se sentó pesadamente. El zapatero se alegró de poder charlar con él.

—Tiene mala cara —dijo el zapatero.

—Sí—contestó Richard—, el lunes por la mañana tuve una especie de desmayo; sólo ahora empiezo a recuperarme.

—¡Madre mía! —exclamó el zapatero—. Si usted tuvo una especie de desmayo, ¿qué no tendría yo? Fue como si alguien me estuviese manoseando en carne viva, como si me hubieran despellejado. Era como si alguien hubiese cogido mi alma y se hubiese puesto a hacer malabarismos con ella, tal como se juega con una piedra, y la hubiese lanzado al aire, arrojándola muy lejos. Nunca se me olvidará la mañana del pasado lunes.

A Richard se le ocurrió la extraña idea de que era el alma del zapatero lo que él había tocado en forma de piedra. «Es posible —pensó— que las almas de cada hombre, mujer y niño de Lampton estén entre aquellas piedras.» Pero no dijo nada de todo esto, pidió la hebilla y regresó a su casa.

Rachel le esperaba con un beso y una broma; Richard podía haber guardado silencio, pues su silencio siempre la hacía sentirse avergonzada. «Pero ¿por qué hacerla sentirse avergonzada? —pensó—. De la vergüenza pasa luego a la justificación y busca una riña por otro lado, que siempre es diez veces peor que la burla. Me lo tomaré alegremente y aceptaré la broma.»

Se sentía infeliz. Y Charles se había instalado en la casa: trabajador, con voz suave, y poniéndose continuamente de parte de Richard contra las mofas de Rachel. Eso resultaba mortificante porque a Rachel no le importaba.

(—Lo que ahora sigue —dijo Crossley— es el alivio cómico, el relato de cómo Richard volvió a las dunas, al montón de piedras, e identificó las almas del médico y del párroco [la del médico porque tenía forma de botella de whisky, y la del párroco porque era negra como el pecado original] y cómo se demostró a sí mismo que esta idea no era una fantasía. Pero me saltaré este trozo y llegaré al momento en que Rachel, dos días más tarde, se volvió de pronto afectuosa y amó a Richard, según ella, más que nunca.)

La razón fue que Charles se había marchado, nadie sabía adonde, y de momento había mitigado la magia de la hebilla, porque tenía la seguridad de que podría renovarla a su vuelta. Así que al cabo de un par de días Richard ya se encontró mejor y todo fue como había sido siempre, hasta una tarde en que se abrió la puerta y allí estaba Charles.

Entró sin saludar siquiera y colgó el sombrero en la percha. Se sentó al lado del fuego y preguntó:

—¿Cuándo estará lista la cena?

Richard miró a Rachel, levantando las cejas, pero Rachel parecía fascinada por aquel hombre.

—A las ocho —respondió con su voz grave, e, inclinándose, le sacó las botas llenas de fango y le trajo un par de zapatillas de Richard.

—Bien. Ahora son las siete —dijo Charles—. Dentro de una hora, la cena. A las nueve, el chico traerá el periódico de la tarde. A las diez, Rachel, tú y yo dormiremos juntos.

Richard pensó que Charles se había vuelto loco de repente. Pero Rachel respondió serenamente:

—Pues claro que sí, querido.

Luego se volvió hacia Richard con una mirada perversa y le dijo:

—Y tú, hombrecito, ¡ya te estás largando!

Y le dio una bofetada en la mejilla, con todas sus fuerzas.

Richard se quedó aturdido, acariciándose la mejilla. Como no podía creer que Rachel y Charles se hubieran vuelto locos a la vez, debía de ser él el loco. De todos modos, Rachel sabía lo que quería y tenían un pacto secreto mediante el cual si alguno de los dos alguna vez quisiese romper la promesa del matrimonio, el otro no tenía que impedírselo. Habían hecho este pacto porque querían sentirse unidos por amor más que por ceremonia. Así que, con toda la calma que pudo reunir, dijo:

—Muy bien, Rachel. Os dejaré a los dos.

Charles le lanzó una bota, diciendo:

—Si metes la nariz en la puerta a partir de este momento y hasta la hora del desayuno, gritaré hasta dejarte la cabeza sin orejas.

Cuando Richard salió, esta vez no sintió miedo sino un frío interior y la mente bastante despejada. Cruzó la verja, bajó por el sendero y atravesó el herbazal. Faltaban aún tres horas para la puesta de sol. Bromeó con los niños que jugaban un improvisado partido de criquet en el campo de la escuela. Empezó a tirar piedras, haciéndolas rozar la superficie del agua. Pensó en Rachel y los ojos se le llenaron de lágrimas. Entonces empezó a cantar para consolarse.

—Ay, desde luego debo de estar loco —dijo—, y ¿dónde demonios está mi suerte?

Por fin llegó a las piedras.

—Ahora encontraré mi alma en este montón —murmuró—, y la romperé en cientos de pedazos con este martillo.

Había cogido el martillo de la carbonera al salir.

Entonces empezó a buscar su alma. Ahora bien, se puede reconocer el alma de otro hombre o de otra mujer, pero uno nunca puede reconocer la suya propia. Richard no pudo encontrar la suya. Pero dio por casualidad con el alma de Rachel y la reconoció (una piedra delgada y verde con centelleos de cuarzo) porque ella estaba alejada de él en aquel momento. Junto a ésta había otra piedra, un sílex feo e informe, de un color marrón abigarrado.

—Voy a destruir esto —juró—, debe de ser el alma de Charles.

Besó el alma de Rachel y fue como besar sus labios. Luego tomó el alma de Charles y alzó el martillo.

—¡Te golpearé hasta convertirte en cincuenta fragmentos! —gritó.

Se detuvo. Richard tenía escrúpulos. Sabía que Rachel amaba a Charles más que a él, y se sintió obligado a mantener el pacto. Había otra piedra (la suya sin duda), al otro lado de la de Charles, era lisa, de granito gris, y del tamaño de una pelota de criquet.

—Romperé mi propia alma en pedazos y ése será mi final —se dijo a sí mismo.

El mundo se tornó negro, la vista se le nubló y estuvo a punto de desmayarse. Pero se recuperó y con un tremendo grito dejó caer el martillo —crac, y otra vez, crac— sobre la piedra gris.

Se partió en cuatro trozos, despidiendo un olor que parecía de pólvora, y cuando Richard se dio cuenta de que aún estaba vivo y entero, empezó a reír y a reír. ¡Oh, estaba loco, completamente loco!

Tiró el martillo, se tumbó, exhausto, y se quedó dormido.

Se despertó cuando se ponía el sol. De regreso a casa iba confuso, pensando:

«Esto ha sido una pesadilla y Rachel me ayudará a salirme de ella.»

Cuando llegó a las afueras del pueblo encontró a un grupo de hombres que hablaban animadamente bajo un farol. Uno decía:

—Ocurrió sobre las ocho, ¿verdad?

—Sí —dijo el otro.

—Estaba más loco que una cabra —comentó otro—. «Si me tocan gritaré —dijo—. Gritaré hasta que les dé algo, a todo este maldito cuerpo de policía. Gritaré hasta volverles locos.» Y entonces dice el inspector: «Vamos, Crossley, ponga las manos en alto; por fin le tenemos acorralado.» «Les doy una última oportunidad —dice el otro—. Márchense y déjenme solo, o gritaré hasta que queden muertos y rígidos.»

Richard se había detenido a escuchar.

—¿Y qué le ocurrió entonces a Crossley? —siguió el otro—. ¿Y qué dijo la mujer?

—«Por lo que más quiera —le dijo la mujer al inspector—, márchese o le matará.»

—¿Y gritó?

—No gritó. Se le arrugó la cara por un momento y respiró profundamente. Ay, Dios mío, nunca en mi vida he visto una cara tan horrorosa. Luego tuve que tomarme tres o cuatro coñacs. Y al inspector va y se le cae el revólver y se le dispara, pero nadie se hizo daño. Entonces, de pronto ese hombre, Crossley, presenta un cambio. Se da unas palmadas en los costados, y luego en el corazón, y la cara se le pone otra vez lisa y como muerta. Entonces se echa a reír y a bailar, y a hacer cabriolas, y la mujer le mira fijamente y no se cree lo que ve, y la policía se lo lleva. Si al principio estaba loco, luego se volvió chiflado pero inofensivo, y no les causó ningún problema. Se lo han llevado en una ambulancia al manicomio de West County.

Así que Richard volvió a casa con Rachel y se lo contó todo y ella también a él, aunque no había mucho que contar. No se había enamorado de Charles, dijo Rachel; sólo quería molestar a Richard y nunca había dicho nada ni había oído decir nada a Charles que se pareciese siquiera un poco a lo que le contaba él; debía de formar parte de su sueño. Ella le había amado siempre y únicamente a él, a pesar de sus defectos, que se puso a enumerar: su tacañería, su locuacidad, su desorden... Charles y ella habían cenado tranquilamente y a ella le había parecido mal que Richard se hubiese marchado de este modo, sin dar explicación alguna, y que hubiese estado tres horas fuera. Charles pudo haberla asesinado. Incluso había empezado a darle algún empujón, para divertirse, porque quería que bailase con él, y luego llamaron a la puerta y el inspector gritó:

—Walter Charles Crossley, en nombre del rey, queda arrestado por el asesinato de George Grant, Harry Grant y Ada Coleman en Sydney, Australia.

Entonces Charles se había vuelto loco de remate. Dirigiéndose a una hebilla de zapato que había sacado del bolsillo, había dicho:

—Guárdamela para mí.

Luego le había dicho a la policía que se fuera o gritaría hasta matarles. Acto seguido, hizo una mueca aterradora y entonces le dio una especie de ataque de nervios.

—Era un hombre bastante agradable —concluyó Rachel—, ¡me gustaba tanto su cara y me da tanta pena!

—¿Le ha gustado la historia? —preguntó Crossley.

—Sí —dije yo, ocupándome del tanteo—, un estupendo cuento milesio. Lucio Apuleyo, le felicito.

Crossley se volvió hacia mí con expresión preocupada, los puños cerrados, tembloroso.

—Cada palabra es cierta —dijo—; el alma de Crossley se rompió en cuatro pedazos y yo soy un loco. No es que culpe a Richard ni a Rachel. Forman una agradable pareja de tontos enamorados y nunca les he deseado ningún daño; a menudo me vienen a visitar aquí. De todos modos, ahora que mi alma yace rota en pedazos, he perdido mis poderes. Sólo me queda una cosa —añadió—, y esa cosa es el grito.

Yo había estado tan ocupado llevando la puntuación y escuchando la historia al mismo tiempo, que no había notado la tremenda acumulación de nubes negras que se iban acercando hasta extenderse por delante del sol y oscurecer todo el cielo. Cayeron gotas de lluvia tibias, nos deslumbró el destello de un relámpago y con él sonó el violento y seco estampido de un trueno.

En un momento, reinó la confusión. Cayó una lluvia que lo empapaba todo, los jugadores echaron a correr buscando abrigo y los locos empezaron a chillar, a rugir y a pelearse. Un joven alto, el mismo B. C. Brown que en otro tiempo había jugado con el equipo de Hants, se quitó toda la ropa y corría por allí en cueros. Fuera de la cabina, un hombre viejo con barba se puso a rezarle al trueno:

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!

A Crossley los ojos se le contraían de orgullo.

—Sí—dijo, señalando el cielo—, el grito se parece a esto; ésta es la clase de efecto que produce, pero yo puedo mejorarlo.

De pronto, la cara se le inmutó y su expresión reflejó tristeza y una preocupación infantil.

—¡Dios mío! —exclamó—. Me volverá a gritar ese Crossley, ya lo verá. Me helará hasta la médula.

La lluvia repiqueteaba sobre el tejado de zinc y casi no podía oírle. Otro relámpago, otro estampido seco de trueno, aún más fuerte que el primero.

—Pero eso no es más que el primer grado —gritó en mi oído—, es el segundo grado el que mata. Ah —continuó—, ¿es que no me entiende? —Me sonrió neciamente—. Ahora yo soy Richard y Crossley me va a matar.

El hombre desnudo iba corriendo de aquí para allá, blandiendo un palo de *wicket* en cada mano y chillando; una desagradable escena.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! —*rezaba* el viejo, mientras la lluvia le caía a chorro por la espalda desde el sombrero que llevaba echado hacia atrás.

—Tonterías —le dije—, sea un hombre y recuerde que usted es Crossley. Usted le da mil vueltas a Richard. Tomó parte en un juego y perdió. Richard tuvo la suerte, pero usted aún tiene el grito.

Yo mismo me sentía un poco loco. Entonces el médico del manicomio entró corriendo en la cabina con los pantalones blancos chorreando, las defensas y los guantes aún puestos, y sin las gafas. Había oído cómo levantábamos la voz y separó violentamente las manos de Crossley de las mías.

—¡A su dormitorio enseguida! —le ordenó.

—No me iré —dijo Crossley, orgulloso de nuevo—, ¡miserable domador de serpientes y tartas de manzana!

El médico lo cogió por la chaqueta e intentó sacarle a empujones.

Crossley le echó a un lado; en sus ojos brillaba la locura.

—Salga —le ordenó— y déjeme aquí solo, o gritaré. ¿No me oye? Gritaré. Os mataré a todos, ¡malditos! Gritaré hasta echar abajo el manicomio. Quemaré la hierba. Gritaré.

Tenía la cara desfigurada por el terror. Una mancha roja apareció en cada pómulo y se extendió por toda su cara.

Me tapé los oídos con los dedos y salí corriendo de la cabina. Había corrido unos veinte metros cuando una indescriptible y súbita quemazón me hizo dar varias vueltas, dejándome aturdido y entumecido. No sé cómo logré escapar de la muerte; supongo que soy un hombre con suerte, como el Richard de la historia. Pero el rayo cayó sobre Crossley y el médico y los mató.

El cadáver de Crossley fue hallado rígido; el del médico estaba acurrucado en un rincón, con las manos en las orejas. Nadie se lo explicaba, porque la muerte había sido instantánea y el médico no era persona capaz de taparse los oídos para no oír los truenos.

Resulta un final bastante insatisfactorio decir que Rachel y Richard eran los amigos con quienes me hospedaba. Crossley los había descrito muy acertadamente, pero cuando les conté que un hombre llamado Charles Crossley había muerto fulminado por un rayo junto con su amigo el médico, parecieron tomarse la muerte de Crossley como cosa de poca importancia comparada con la del doctor. Richard no se inmutó y Rachel dijo:

—¿Crossley? Creo que era aquel hombre que se hacía llamar «El ilusionista australiano» y que nos hizo aquella fantástica demostración de magia el otro día. Su único accesorio era un pañuelo de seda negro. ¡Me gustaba tanto su cara! Ah, y a Richard no le gustaba en absoluto.

—No, no podía soportar su forma de mirarte sin cesar —dijo Richard.

***